

sueño de la casa, los dogos, en sus perreras oyen los alegres cantares del centinela que les despier- ta, el canto del gallo, se había de- tenido en aquellos momentos una vaca soberbia, enorme, hermeja y manchada de blanco, cariñosa como una cierva en medio de sus cervatillos; hormigueaba bajo su vientre un grupo de niños peque- ñuelos, de dientes de mármol, frescos, pero firmes, y todos a la vez gritando llamaban a otros más pequeños, que se apresura- ban temblando a robar a la leche- ra ausente, la leche, que extraían chupando los pezones fecundos de su madre la vaca; ésta, compla- ciente y poderosa y llena del teso- ro de la vida, apenas movía sus costados, pintados como la piel del leopardo, y distraída miraba vagamente al azar en la immensi- dad.

\* \*

De este modo, naturaleza, fuen- te de vida de los humanos, madre universal de toda cosa creada, todos nosotros a la vez, místicos y carnales, buscando sombra y leche bajo tus flancos eternos, todos confundidos permanecemos suspendidos por todas partes de tus colosales pechos; y mientras que hambrientos armamos gran vocerío, en tus inagotables ma- nantiales apagamos la sed, tú, tranquila, inmóvil, estás pensa- do en Dios.

15 de mayo de 1837.

## XVI

## PASADO

Era un antiguo castillo de la época de Luis XIII. El sol po- niente enrojecía el solitario edi- ficio. Desde lejos, cada ventana, transformada en una fragua, había perdido su forma; parecía una inmensa brasa, y el techo desaparecía entre los rayos de fuego que lanzaba el sol.

\* \*

A nuestra vista se extendía, como derruida gloria, uno de esos parques en los que la hierba ha borrado el camino, en los que en un rincón sobre un pedestal gris, la táciturna estatua del invierno, casi cubierta por la hiedra, se oculta como si tuviera frío.

\* \*

La gran alberca dormía como lago solitario. Un Neptuno verdi- negro se enmohecía en el agua, los cañares ocultaban las olas, el agua se filtraba en la tierra y los árboles mezclaban unos con otros sus ramajes, que en otros tiempos inspiraron las rimas de Boileau.

\* \*

Veíanse en algunos instantes correr por los espesos bosques hermosos ciervos, que parecía que desafiaban ufanos a los cazadores; y en el mármol blanco, que anti- quísimo tronco de árbol apuntala, debajo de un plantío de carpes, trocado en barrera, se oía suspi- rar a las dos hermanas, Gabriela y Venus.

\* \*

Ya no pasaban por aquellos jar- dines mudos con las capas levanda- das marcialmente por la punta de los espadones; los tritones parecían que habían cerrado los ojos, y en la obscuridad, entre- abriendo sus mandíbulas de pie- dra, presa del fastidio, una anti- gua gruta bostezaba sumida en el fango de los bosques.

\* \*

Entonces les dije:—Ese casti- llo abandonado encerró el amor, con tanta intensidad como palpi- ta en vuestros corazones, y risas, y gloria e innumerables fiestas; y su pasada alegría es la que le convierte hoy en sombrío, como se ennegrece un vaso enmohecido por el licor que en él está conte- nido.

\* \*

Entraban en esa gruta, cuyo piso cubre el musgo, con los ojos

bajos y el seno palpitante, la hermosa Caussade o la joven Candale, de un regio amante con- quista feudal, que al penetrar en la gruta decía: «Señor», y al salir: «Luis» al monarca.

\* \*

Entonces, como ahora, dos co- razones unidos vagaban bajo aquellos árboles, que de tantos amores fueron testigos, él llamaba a su duquesa ángel entre las muje- res, y con miradas ardientes y con el alma apasionada se deslum- braban el uno al otro.

\* \*

Entonces se oían risas apaga- das, perdidas en el fondo de los bosques; risas que nacían de otros amantes entregados a la felicidad. De vez en cuando una pausa dete- nía el curso de sus delirios: él preguntaba con ternura:—«¿Por qué suspiras?» Ella cariñosamente le respondía:—«¿Por qué te que- das pensativo?»

\* \*

Los dos, el ángel y el rey, con las manos entrelazadas, camina- ban contentos y orgullosos, ho- llando los verdes céspedes, cam- biando sus miradas, sus hábitos y sus pensamientos!... ¡Tiempos des- vanecidos, esplendores eclipsa- dos, soles traspuestos en el ho- rizontel...

1.º de abril de 1835.

extraviados en la cuenta de su número, yo cuento las sombras y tú cuentas las claridades.

## XVII

## EN EL MAR

Cerca de la barquilla del pescador que se balancea, cuando los dos al caer el día bogamos en nuestro esquife, dejando que cante aquél y que gima el oleaje;

\* \*

Quando nos sentamos al abrigo de las extendidas velas y a su sombra, cuando tu mirada fija parece que quiera recoger la luz de las estrellas;

\* \*

Quando los dos creemos leer lo que está escrito en el libro de la naturaleza, repóndeme: ¿en qué consiste que en tanto que mi corazón suspira, tus labios se sonríen?

\* \*

Dime, ¿cómo es que a cada ora que pasa el pensamiento llena mi alma, como una copa de hiel? Es que yo miro el ramaje de los árboles mientras que tú contemplas al cielo;

\* \*

Es que yo veo las olas sombrías y tú los brillantes astros; es que,

\* \*

Todos los mortales, cumpliendo la suprema ley, bogamos hasta el fin de la vida: no hay hombre alguno en el mundo que no siembre o que no trabaje en suelo estéril.

\* \*

El hombre vive sobre un mar que rugie; el huracán tuerce su rumbo, rema en medio de una profunda obscuridad, y la esperanza se le escapa por las hendiduras de su bajel.

\* \*

Su vela, que agujerea el viento poco a poco se va desgarrando; las corrientes se burlan de su camino, y los obstáculos escorazon suspiran, tus labios se pumean sin cesar sobre su proa.

\* \*

¡Ay! todo en la naturaleza cumple la ley que le ha sido impuesta: donde quiera que dirijamos nuestras miradas, vemos siempre una onda que se estremece y un hombre que camina.

\* \*

¿Dónde vas?—Hacia la eterna

noche. ¿Dónde vas?—Hacia el eterno día. ¿Y tú?—A indagar

si es preciso creer.—¿Y tú?— Yo voy hacia la gloria.—¿Y tú?— Yo voy en busca del amor.

\* \*

\* \*

Todos camináis hacia la tumba, todos vais hacia lo desconocido; águila, buitre o paloma, caéis donde todo cae y de donde nada vuelve jamás.

\* \*

Vais los desconocidos al mismo lugar a donde van los hombres más celebrados, donde va la flor que se abre en abril, donde va la aurora, donde va la noche.

\* \*

¿Para qué os tomáis tanto trabajo, para qué sufrís tantas inquietudes? Bebed el agua de las fuentes, sacudid las bellotas de las encinas, amad, y después, entregaos al sueño eterno.

\* \*

Porque después que, como las abejas, pasáis la vida trabajando, soñando maravillas, viviendo con inquietud y con sobresalto,

\* \*

¿Sabéis qué es lo que va a posarse sobre vuestra más linda rosa o sobre la más cándida de vuestras azucenas? Es el olvido para las cosas y la tumba para el hombre,

\* \*

Porque el Señor pone fuera de nuestro alcance las frutas en cuanto las hemos cogido. Al navío le manda:—«¡Encalla!» A la llama le dice:—«¡Espiral!» A la flor le dice:—«¡Marchítate!»

\* \*

Al guerrero, que se cubre de gloria, le dice:—«Me reservo la última palabra; sube, asciende, que desde la cumbre más alta la caída será más profunda.»

\* \*

Dice a la joven enamorada:—«Deslumbra pronto a tu amante; sé hermosa antes de morir; brilla por un instante, que luego serás ceniza eternamente.»

\* \*

Mortal, el orden sobrehumano, al que te opones, te envuelve y te absorbe: quéjate, si te atreves, a Dios, que creó al cielo tan grande y al hombre tan pequeño.

\* \*

Que dude o que niegue, el mortal pasa combatiendo por el camino de su vida, y la armonía eterna pesa como una ironía sobre el tumulto de los hombres.

\*  
\* \*

Todos los falsos bienes que envidiamos pasan en un soplo como una tarde de mayo, y todo se extravía en la obscuridad: nada nos queda de la vida, excepto el haber amado.

\*  
\* \*

Por eso yo humillo la cabeza cuando tú yergues la frente; por eso yo, sombrío poeta, escucho lo que me dicen las olas.

\*  
\* \*

Por eso, para que me respondan sobresaltado e inquieto las interrogos, y en el fondo del abismo que sondeo columbro el cieno mezclado con el agua.

\*  
\* \*

No contemples el abismo como lo hago yo; tú, por el contrario, cándida y pura, hacia la luz blanca de las estrellas dirige las tranquilas miradas.

\*  
\* \*

Haces bien: contempla cómo los astros fulguran en el cielo, ya que el instinto te atrae hacia las alturas. Mira cómo Dios sonríe, mientras yo miro cómo el hombre llora.

9 de noviembre de 1835.

## XVIII

Algunas veces en Virgilio, divino poeta, que era casi un ángel, despiden los versos extraño resplandor: es porque comenzaba a entrever en sueños lo que sucedería en lo futuro; es porque era el poeta que cantaba en los momentos en que Jesús lanzaba los primeros vagidos en la cuna; es que, sin que él mismo lo supiese, poseía una de esas almas que el lejano Oriente teñía con sus vagas claridades y que se bañaba en la luz naciente del Cristo misterioso.

\*  
\* \*

Dios quiso que al nacer el Hijo del hombre, la aurora de Belén purificase la frente de Roma.

22 de marzo de 1837.

## XIX

A UN RICO

Joven, te compadezco; y esto no obstante, admiro tu inmenso y delicioso parque, cuyo límite no se columbra, triste o alegre, según la estación que rige el tiem-

po, de doce leguas de extensión, lleno de árboles y de matorrales y de caseríos.

\*  
\* \*

Admiro tus dominios, y sin embargo, te compadezco, porque en tus frondosos bosques, en los que la primavera derrama todo su esplendor, no se encuentra una sola ruina tan miserable como lo es un hombre gastado, marchito, desprovisto de ilusiones, rico y sin voluptuosidad, joven y sin pasiones, cuyo corazón destrozado no encierra otra cosa sino un triste montón de copas vacías, de vasos rotos, que sólo conservan el fastidio, y de los que huyeron para siempre la pureza, la alegría y el amor.

\*  
\* \*

Me inspiras lástima, tú, que te figuras causar envidia; esa espléndida morada lanza sobre tu corazón y sobre tu vida, irónica sombra, y se ríe, encerrando tu juventud destruida dentro de un marco deslumbrador.

\*  
\* \*

¿Crees poseer verdaderamente ese floreciente territorio, en el que el árbol forma una cúpula, en el que el estanque aparece dorado a los rayos del sol poniente y donde en el bosque, el monte en cuya cumbre sobresale una torre, dibuja tan hermoso grupo?

¡Ese es un sitio sagrado para el que sabe encontrar en los prados, en las aguas y en los valles la silueta de la faz eterna, de la que el rostro humano sólo es la sombra carnal!

\*  
\* \*

¿Qué haces tú ahí? Nunca se te ve, cuando la primera luz de la mañana ilumina las techumbres, salir, coger una flor, copa irisada, que las plantas presentan a los pájaros, llenas de rocío, detenerte algunas veces, reanudar en el libro la interrumpida lectura, caminando lentamente, cuando el rumor del viento corta en estrofas inciertas la monótona canción que murmuran las fuentes.

\*  
\* \*

Nunca has recorrido de cumbre en cumbre la crestería que forman los collados; nunca has gozado en mirar el agua que refleja algún sauce nudoso, retorcido como un atleta; jamás, fijando tu espíritu indiferente en algún misterio, has tratado de comprender en qué se ocupa el olmo secular inclinado y mirando extenderse a sus pies la inmensidad de la llanura.

\*  
\* \*

Nunca en el verano, cuando el sol fulgura en el mediodía, cuando toda la naturaleza está amorrada, nunca el cervatillo pererrador, agazapado en el interior del

agreste antro, te vió en la soledad caminar lenta y gravemente, como temiendo despertar a alguien, y vagar por los tupidos bosques, en los que el silencio duerme sobre el colchón de terciopelo formado por el musgo.

\* \*

¿Qué te importa todo eso? Te fatigan la vista el verdor de los campos, las nubes y el azul del cielo. No eres de esos locos que van vanagloriándose de ello, aguzando el oído para atender a las voces que cantan por todas partes, que dan gracias al Señor porque hizo que floreciese la primavera, que recogen los nidos y que contemplan durante mucho tiempo algún hongo, extraño monstruo de la hierba. Tu espeso bosque parece que reclame en el mes de abril que le recorran parejas de amantes, frentes reflexivas y corazones que suspiren; y tú que los recorres, te afanas en calcular cuánto te producirá la tala; en calcular que París, que es un anciano que tiritá de frío en el invierno, espera con ansia el fuego para entrar en calor. Mientras nuestros ojos son presa del encanto contemplando la naturaleza, tus miradas sólo se fijan en los trigos convertidos en harina y la pradera en heno; para ti el labrador sólo es un rústico a quien se paga; para ti toda nube de humo ondulante, en el claro paisaje, sale de un hogar impuro, donde

cuece alguna grosera vianda. Cuando la tarde va a expirar, cuando te retiras montado a caballo, con las piernas pendientes, y ves que los boyeros desalados, con sus vigorosos brazos pican a dos gigantes bueyes, que por torcido camino se apresuran a regresar antes de tiempo al establo, en presencia de ese cuadro, sólo piensas en los reparos de mampostería que tienes necesidad de disponer, en vender tus silos y en si menguará o no tu renta.

\* \*

Cuando llega la hora del crepúsculo, después de haber pasado un día monótono, te encierras en tu casa, sin sospechar que las tibias noches de otoño vierden su casto aliento sobre las colinas; pero eso nada te importa. Tampoco sabes que hay quien pasa la vida al lado de las modestas jóvenes, cuyas sonrosadas frentes brillan al reflejo de las lámparas, que están sentadas formando círculo, bordando y departiendo entre sí familiarmente; que ocultan sus deseos y su corazón, quizá embalsamado por un vago amor, flor que nadie coge, perfume que sólo se percibe hablando en voz baja con ellas. Ese cuadro te hace burlescamente sonreír y sepultarte vivo en una habitación de tu casa con otros hombres como tú, sentados alrededor de una mesa cubierta con un tapete

verde, a la luz de cuatro bujías, y pasar la noche jugando. Sin embargo los rayos de la luna iluminan de lleno tu ventana.

\* \*

\* \*

¡Oh ridículo insensato! Te lo digo verdaderamente; esos dominios, esos prados, esos bosques y esos valles, esos campos que hasta en el invierno ofrecen sus atractivos, no te pertenecen, no los posees; no los comprendes.

\* \*

Los paseantes, los niños y los poetas que gozan de la espesura de tu bosque, el pintor que le recorre enamorado del paisaje, el amante a quien sólo preocupa una mujer, el sabio cuyo corazón rebosa amargura y vienen a refrescar en esta soledad, aquél su amor y éste su estudio; todos los que, saboreando la belleza de ese lugar, desean, separándose de los hombres, aproximarse a Dios, y que disipando aquí sus tristes sinsabores adquieren en el bosque algo del inmenso reposo de la creación, todos los hombres pobres, pero que no son ambiciosos y que a ti te dan lástima, son en este frondoso parque más ricos que tú, están en su casa más que tú en la tuya, aunque tú seas dueño de talar el bosque y de vender sus frutos.

Para ellos nada hay estéril en esos frescos lugares. Todo ahí encierra dones secretos para el que sabe recogerlos. El espíritu que se ve en esos sitios libre del rugido de las pasiones, medita junto a un árbol muerto y junto a las ruinas de un antiguo puente. Todos los objetos que componen el bosque responden a algún objeto semejante que existe en el bosque del alma. La extinguida hoguera de un pastor recuerda el amor ardiente. Todo sirve para aconsejar al que piensa, sea joven o viejo. Nos pinchan las zarzas lo mismo que los envidiosos; las hojas invitan a tener fe, y las olas, fluyendo ligeras, nos advierten que nos apresuremos, porque las horas pasan veloces. Para ellos nada es mudo ni está frío, nada está muerto. Una gota de sangre que esmalte una pluma despierta en sus almas un remordimiento; los manantiales se truecan en ríos de lágrimas; la flor que se inclina al margen del río les dice: «Acordaos, almas huérfanas!» Para ellos el antro profundo oculta en su cavidad un sueño brillante, y la noche, en su cielo colmado de constelaciones, el árbol, a través de su ramaje, les enseñan el astro luminoso y las palomas blancas, prestando consuelo a los corazones desgraciados, porque los pájaros les dicen: «¡Amad!» y las estrellas: «¡Creed!»

\* \*

He aquí lo que en tus dominios la vaga obscuridad de las murmurantes ramas vierte en las almas de los que sufren.—¿Y tú qué haces?—Todos los años va a hundirse en corrientes de oro al fondo de tu cofre el inefable tesoro de todo ese murmullo, de esa sombra, de esos rumores que salen de los árboles estremecidos por el viento, y abandonas esos bosques, en los que el amor se embriaga, por un palco de la Opera.

\* \*

¡Si al menos la música te llegase al corazón! Pero no; entre ti y el arte el oro levanta una infame barrera. El espíritu que comprende el arte comprende también todo lo demás. Vas, pues, allí a dormirte en el teatro, sin sospechar siquiera que así como los tesoros que te produce tu heredad, Gluck es un bosque sublime y Mozart es un claro y riente manantial.

\* \*

Duermes en el teatro, y algunas veces, sonriéndote la moda, te llama la atención, diciéndote:—«Admira, ricol» Entonces, aturdido y voceando, te despiertas y preguntas cómo se llama el autor, entendiéndolo que siempre la musa sea un hombre, porque se ofende-

ría tu extraño orgullo si te dijeran que aquella obra que te sirve de espectáculo era una urna en la que una mujer había vertido todo su corazón.

\* \*

¡Señor de esa soberbia heredad, guijarro vil incrustado en radiantes rubíes, muérdago parásito lichado por la savia de las encinas, miserable ricol—Vive, pues, así, ya que eso para ti es vivir. Vive sin corazón, sin fe y sin pensamiento; vive para esa pasión vil que se llama oro y para esa otra pasión vana que se llama orgullo. Vegeta, ya que sólo tienes sangre en las venas, ya que no te das cuenta de que Dios se estremece en cañas, que abre sus ojos con la aurora y que canta con los pájaros; ya que en las colinas que descienden en suave declive, donde humean las cabañas junto al lago, bajo los árboles, en tus propios jardines, eres tan poco perspicaz en tu ávido instinto, eres tan reacio a la vida y a sus armonías, como el lobo salvaje que vaga por las selvas.

22 de mayo de 1837.

XX

Mirad. Los niños están sentados en el suelo formando corro. Cerca de ellos está su madre, tan joven, que podría tomársela por

su hermana mayor; inquieta, contemplando sus inocentes juegos, se agita pensando en el porvenir que a ella y a ellos les reservará el destino.

Junio de 1834.

\* \*

Junto a ella se extinguen los lloros y nacen las risas. Su corazón es tan puro, tan semejante al de los niños, su claridad es tan casta, que al transcurrir su vida llena de cuidados a través de sus días, se transfigura en poesía.

\* \*

Les sigue siempre, vigilante y previsor, ya enero los junte alrededor del hogar, ya la dulce brisa del mes de mayo, que riza el arroyuelo, remueva sobre sus cabecitas las hojas, mientras juguetean bajo la copa de los árboles.

\* \*

Algunas veces, cuando al pasar cerca de ellos un mendigo contempla con envidia un hermoso juguete de plata, la madre, que está presente, sólo necesita dirigir una sonrisa a sus hijos para convertir el juguete en una limosna y a los niños en ángeles.

\* \*

Y yo, que tengo a la vista a la madre y a los hijos, mientras que muy cerca de mí los pequeñuelos

XXI

En el antiguo jardín, cuyas espaciosas calles sombrean dos filas de tilos, tan castos y tan velados, que la flor que allí se abre parece un incensario; donde las horas, marcando en la arena sus pasos desde el alba hasta la noche, proyectan sucesivamente en las pilas de las fuentes de mármol los rayos del sol y la sombra de los árboles, vosotros sabéis, ¡oh ángeles! que yo, pensativo y cariñoso, contemplaba a la claridad del día cómo jugueteaba el pájaro volando, cómo se plegaban las ramas y cuántos y cuán abundantes tiernos pensamientos invadían mi imaginación, mientras que el querido niño, en cuya frente depositaba mis besos, correteando sin cesar, hacía apresurar mis pasos y me llevaba arrastrando hacia la gruta engalanada con los festones de las hiedras.